

# El cuerpo de la serpiente

RAFAEL AGUIRRE

Ahora se dice que la sociedad vasca ha derrotado a ETA. Falso. Durante mucho tiempo se pasó de largo ante el sufrimiento de víctimas y amenazados

**E**l extraordinario apoyo popular que alcanzó el pasado 20 de noviembre una fuerza que no ha condenado la trayectoria criminal de ETA y que asume sus postulados políticos plantea unos interrogantes de la máxima actualidad sobre la situación, no ya política sino ideológica y moral, de la sociedad vasca. Estoy convencido de que no estar en los secretos de los manejos políticos tiene inconvenientes, pero también proporciona una distancia que permite descubrir aspectos que pasan desapercibidos a quienes se fajan en la inmediatez de los problemas. Caben una serie de observaciones de desigual importancia. Por empezar por lo más inmediato: el final de ETA se ha gestionado, en mi opinión, muy mal por los responsables políticos. La banda terrorista ha sido derrotada por el Estado de derecho. En esta tarea el Gobierno vasco ha jugado un papel decisivo acabando con la apología impune del terrorismo, activando su policía, no proporcionando combustible ideológico desde las instituciones democráticas a quienes las combatían (como sucedió durante mucho tiempo). Se demostró falso lo que había llegado a ser un dogma: el empate infinito entre ETA y el Estado, que sin remover las causas políticas que la inspiraban era imposible acabar con ETA. ¿Dónde están ahora todos los que compartían este dogma y nos llamaban intransigentes a quienes lo combatíamos? Pero, como digo, el final se ha gestionado pésimamente, porque una cosa es dar una salida de emergencia y otra poner un arco triunfal, de modo que parece que los que han traído el final de la violencia son los que siempre la han justificado e, incluso, practicado. Evidentemente me refiero al montaje de Aiete, que no fue una simple percha para que pudieran colgar las armas. A la banda se le pedía que desistiese de la práctica de la lucha armada, al tiempo que se daba la máxima resonancia internacional y de consumo interno a sus planteamientos ideológicos. Aquello fue una obscena ofensa a las víctimas y una colosal operación propagandística de los aliados políticos de los etarras. Una obra de teatro con el guión escrito por la izquierda abertzale y representada por unos personajes internacionales –la mayoría políticos jubilados que prestan sus servicios en empresas de ‘paradiplomacia’– y cuya presencia en San Sebastián no es explicable sin la connivencia, al menos, del Gobierno español, que anhelaba apuntarse el tanto del fin de ETA. Quiero creer que el Go-



:: JESÚS FERRERO

bierno de López ha sido ajeno al asunto, que ha sufrido una más de las deslealtades de Zapatero. No se acabó con ETA, se acabó con su violencia –lo que es un enorme alivio–, pero pagando un precio político al nacionalismo vasco más radical, que se ha recogido en las recientes elecciones.

Pero llovía sobre mojado. Ahora se dice que la sociedad vasca ha derrotado a ETA. Creo que es una afirmación populista y falsa. Durante mucho tiempo la sociedad vasca muy mayoritariamente, excepto en ocasiones puntuales y efímeras, ha pasado de largo ante el sufrimiento de víctimas y amenazados. Producía escalofríos los resultados de una encuesta de hace pocos meses, según los cuales eran más los

ciudadanos que no querían como vecino a un amenazado por ETA que a un condenado de la banda. En los momentos más duros los concentrados por Gesto por la Paz formaban un pequeño grupo en medio de un mar de indiferencia. Había miedo a hablar en público contra ETA. Hasta en los púlpitos costaba recordar el quinto mandamiento. Pueblos enteros y determinados barrios en las ciudades estaban sometidos a un asfixiante ambiente proetarra sin que nadie se opusiese. Por eso no me extraña que ahora miles y miles de vascos voten, sin que les plantee ningún problema moral, a unas candidaturas que propugnan los mismos postulados políticos que los etarras. Asistimos también al fenómeno de la falsa conciencia y de una monumental manipulación del lenguaje: se disimula la cobertura dada a ETA y que todos hemos presenciado; se habla de «alternativa democrática», pero se aspira a la imposición de un proyecto etnista y excluyente; se hace un saco común de víctimas para diluir las atrocidades incomparables de ETA.

Estoy sosteniendo que en el seno de la sociedad vasca se ha difundido una grave degeneración moral. Sé que traspaso el umbral de lo políticamente correcto. Pero ETA ha servido para alentar el nacionalismo más fanático y a su socaire se han socializado varias generaciones de vascos. El resultado de las elecciones ha sacado a la luz una realidad social, que coloniza todos los aspectos de la vida, desde el atuendo y el lenguaje hasta los valores y mitos de referencia. El nacionalismo tiende a considerar virtud el egoísmo de grupo, a afirmar su identidad buscándose enemigos externos y a uniformizar a los miembros del propio colectivo. Por eso, hasta el nacionalismo tradicional se ha sentido siempre como más que un partido, como un movimiento con pretensiones totalizadoras de la identidad personal y social. En este planteamiento el pluralismo es un mal a tolerar y se considera imposible la adhesión a diversas identidades, vistas como no opuestas sino complementarias. Si el Dios único deja de ser trascendente a la historia e inaprensible en conceptos es una fuente de violencia. El culto a la patria única, necesariamente histórica y palpable, acaba siempre como ideología impositiva y excluyente. Una vez desaparecida la violencia etarra queda la inmensa tarea de combatir la ideología que la ha sostenido y que buena parte de la sociedad ha asumido durante estos años de plomo en los que ha sido escasa la valentía moral y la lucidez democrática.